

El panorama de la cuentística

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

En amplia, documental, beligerante y pungente conferencia pronunciada hace algún tiempo en el Teatro de los Fundadores de Manizales, el joven crítico y escritor Jaime Mejía Duque, al enjuiciar severamente la literatura de Caldas y —concretamente— el llamado greco-quimbayismo, cuya más alta personería señala en Aquilino y Silvio Villegas y Bernardo Arias Trujillo, nos hace gracia de excepción a los cuentistas.

Gracias le sean dadas a tan autorizado censor, por eximir a la cuentística de Caldas del sambenito greco-quimbaya, menos conveniente para ella que para ningún otro género literario. El hecho de que quien esto escribe sea parte interesada en el asunto y eventual comentarista panorámico de su propio género en el trabajo de escritor, no invalida ciertamente su juicio con respecto a una rama de la literatura caldense que —digámoslo de una vez y orgullosamente— ha alcanzado en los últimos treinta años verdadera jerarquía de género logrado, con fuerza y carácter, con volumen de obra cumplida. Con ubicación dentro de las letras nacionales, y sitio y escalafón de primera categoría. Con nombres de ayer y de hoy sobre cuya significación no podrá menos de detenerse el historiador literario que decida asumir un criterio verdaderamente nacional, sin los prejuicios centralistas que siempre viciaron el juicio y limitaron la visión de los antologistas y comentaristas del altiplano.

Porque ocurre que en el cuento como en otros géneros —y como por otra parte sucede en otros aspectos de la actividad y la vida en Colombia— la metrópoli suele ser tarda y a veces menospreciadora con respecto a la provincia.

Hecha abstracción de esta conocida circunstancia, adjetiva para el objeto presente, queda el fenómeno anotado por Mejía Duque de que el cuento caldense está a cubierto de la controvertida y maltratada tendencia greco-quimbaya, que en otros sectores de la prosa ha florecido entre nosotros con eminentes cultores.

Ello puede obedecer al hecho visible de que nuestra literatura de relato tiene, en sus orígenes, una procedencia reconociblemente antioqueña. Traía ya, desde entonces, un poco de la objetividad carrasquillesca, y

reconocía un magistral dechado en los breves relatos mineros y campesinos de Efe Gómez y los demás viejos cuentistas de la Antioquia grande, que trabajaron directamente sobre el amor y el sabor de la tierra.

Al margen de esa inmigración temática del sentido telúrico, parece oportuno detenerse un poco.

De Manizales se salía hacia el sur por un tortuoso camino. Y cómo estaba de distante aquel Quindío de sol y de miel, oloroso a tierra recién ruturada, a maizales en filote, a la balsámica delicia de los guamales florecidos que abren sus quitasoles bordados de azulejos móviles y de toches saltarines sobre el verdor disciplinado de los cafetales, para que pueda granar el fruto en los pequeños racimos espaciados, sin que lo dañe el sol violento.

Comarca amena y ondulada, de aguas buenas que pasan hablando solas bajo el frescor de los guaduales, adelgazándose por entre los pedregones, haciendo remansos allí donde la tierra se nivela. En medio de la sementera nueva, por sobre las vellotas recién nacidas, se alzan rectos y erguidos los carbones de tersa piel color de ceniza, y los rugosos caracolies que quedaron de la selva recién abatida. En la mañana que crece sobre los tejados y los montes, sobre los pastales y los huertos, repica, a trechos, nervioso, espaciado e insistente, el pico del pájaro carpintero. Canta el diostedé. Pasan los loros bulliciosos y las guacamayas roncas. Cantan las chapoleras y gimen los trapiches. Huele de pronto a panela recién moldeada, cuando es propicia la veleidad del viento. O a tierra recién quemada. O al yaraguá florecido que tiñe de morado las faldas.

Los senderillos vecinales avanzan y se entrecruzan por sembrados y rastros, en toda esta tierra accidentada y parcelada. Hacen rodeos, sorteando obstáculos, desembocan al fin en los caminos reales. Y estos se hacen más amplios mientras más se acercan a los poblados. Sobre el terraplén lavado por las lluvias, borrando los tatuajes de las herraduras equinas sobre el suelo blando, se alargan a veces los paralelos surcos de las rastras. Guadua para las soleras y los enfardelados. Esterillas para los tabiques. Cepas para las columnas y horcones. Tablas y cuarterones de los elementales aserríos para estos pueblos que se construyen apresuradamente, sin tiempo para primores, terminando de acomodar los bártulos mientras se está colocando la última teja. Midiendo en el ventorro la primera copa de aguardiente al instante en que cae el martillazo final sobre el clavo postrero y la tabla última.

Y vienen, porque es domingo, los convites devotos del campo a la cabecera aldeana, en largas filas alegres. En ella se confunden lugareños y campesinos. El petaquillero y el carnicero y el del puesto de granos con el marchante rural. Y alternan el herrero y el vende-almuerzos con los hombres de la montaña y la vertiente. Todos estos vinieron para la misa mayor, por callejones y atajos, por cafetales y potreros, a pie descalzo. O a lomo de sus chirrillitas galoperos. O caballeros en sus yeguas andonas, con potrillo a la zaga. Y todos vienen ahora de los cauces secos y los tejares cercanos, cargados con las piedras y los ladrillos para la iglesia, bajo el estímulo jovial del cura y el alcalde. Todos pasan con su carga, sudorosos y alegres, en sol, de fiesta, por en medio de la calle grande

y de las ventanas abiertas. Y llegan hasta el atrio para dejarla arrumada. Y libres ya de ella, enjugarse la frente con el dorso de la mano, que es mano devota para la signación y la siembra.

Los pueblos, en lunes, amanecen pausados y quietos. La plaza amarillenta, de tierra dura, cubierta aún con los despojos del mercado público, parece más espaciosa a causa de la soledad. Los gallinazos vestidos de negro, se pasean gravemente por entre las sobras, mondando huesos abandonados. Un súbito ruido de carretillas rechinantes, los va poniendo en fuga hacia los tejados. Son los reclusos de la cárcel municipal, con sus palas de mano y sus escobas de ramas verdes, que llegan para el aseo...

Es un reguero de pueblos surgidos bravamente de entre la selva, activos y febriles, en cuyos horizontes abiertos persiste aún el humo de las quemas. En los taludes pulidos de las vías recientes, abiertas a pico y pala manan todavía las resinas de los muñones vegetales, manchando la tierra. Se amplían los campos de labor y los pastales. El tabaco sojuzgado y perseguido medra a la vera de los cafetales y de los platanares o se mimetiza entre los maizales. Se levantan los caneyes y en tiempo de vacancia cosechera, mientras la hoja sazona, se improvisan escuelitas fugaces. Las sirven maestros eventuales, venidos de no se sabe dónde, mitad jornaleros trahumantes y mitad vagabundos de citología y catecismo, hábiles además en remedios para los ganados y sortilegios para los amores. Gentes inestables que llegan y se van inopinadamente. Que aman los caminos y cuentan el cuento de Sebastián de las Gracias o el de Peralta por las noches, mientras se cuece entre las piedras y los tizones el mute para las arepas de la madrugada.

Fondas sabatinas de tarde chisparosa y noche tiplera, con lámpara de petróleo pendiente del cielo-raso y pringoso atrapamoscas en la proximidad de los comistrajos. Posadas de tierra fría, ventosas y hospitalarias, con anchos corredores circundantes y repisas en los pilares. Posadas de gran patio empedrado, capaz para una recua entera, con bramadero de dinde en el centro. Con pesebrera al lado y abrevadero para las cabalgaduras de los viajantes y frasco de veterinaria en el clavo, junto a la canoa del pienso.

* * *

Samuel Velásquez, nacido en Santa Bárbara de Antioquia y radicado en Manizales desde su juventud, marca, por decirlo así, esa transición de lo puramente antioqueño a lo caldense que nacía. Su pequeña novela **Madre**, escrita hacia 1920, mantiene el vigor expresivo, el movimiento y el color de lo costumbrista paisa, pero transita ya con su recua heroica las trochas de Caldas primigenio. Jesús Londoño Martínez, el precursor nativo, trabaja en "El cortijo del viejo Blas", el barro vegetal y el humano sobre la propia cantera. Su hijo Eduardo irá mucho más tarde y más lejos, en un mundo nuevo, propicio a su humor pungente y a su deleitosa ironía.

Crecen los pueblos y van prosperando las ciudades provincianas, con su carácter y sus gentes, con su fisonomía peculiar e inconfundible. Aparecen las notabilidades locales en su ingenuo marco y se acentúan las tradicionales costumbres. La religión de los mayores influye y decora. Y surge ya el costumbrismo nuestro, veráz y jugoso, fiel y burletero, logrando en estampas

de singular delicia que participan por igual del carácter de cuento y de crónica. Lo personifica este gran Rafael Arango Villegas, tan limpio y tan certero de estilo. Tan ligero como hondo. Ama sus tradiciones racionales, bebe en la delicia de los recuerdos, amasa su pan de encanto con la harina de su molino. Se burla donosamente de sus contemporáneos y ante todo de sí mismo como individuo de su época. Y hay en esta burla no sé que material esencial de afecto que es casi una retrospectiva ternura.

Luego la temática del cuento caldense amplía y diversifica sus horizontes. Sale del agro y se entra en la parroquia que es rico venero. Allí la tomo yo para mis primeros relatos. La distancia me ayuda para ubicar mis seres, para definirlos y hacerlos vivir. Soy un cuentista provinciano que los recrea desde la ciudad, con una visión más nítida, con un sentido más equilibrado de su poética, de sus valores, de su todo exterior e íntimo que, vistos y recordados en la física ausencia, se ofrecen al escritor más exactos y depurados, libres para él de la incidencia inhibitoria de los personajes en su relación inmediata y conviviente. No es a mí claro está, a quien corresponde decir en última instancia, hasta qué punto anduve afortunado en mi trabajo de relator de nuestra comarcana aventura.

El escenario provinciano da por el mismo tiempo su oportunidad y su medio geográfico a uno de los grandes cuentistas colombianos de todos los tiempos. Ha nacido en Armenia, en las postrimerias del siglo diecinueve, pero su aparición en la literatura y posteriormente en el cuento resulta un poco tardía. Se llama Eduardo Arias Suárez. Sus primeros cuentos y novelas cortas, solo empiezan a conocerse cuando el autor ha cumplido los treinta años. Pero desde ya son extraordinarios, seguros, fuertes, demostrativos de una técnica sorprendente. La provincia, el lugar, están presentes en ellos con su simplicidad y su dramatismo, con su temblor entrañable. Están escritos con sobriedad y belleza, casi con una austeridad formal, un poco al modo de Guy de Maupassant que, seguramente, fue su más cercano maestro. Incluye, soterrado o expreso, tratado con la dosificación sabia que le es peculiar, el material divino de la ternura.

Podría citarse una veintena de cuentos sobre los cuales pasa temblando el aura de la ternura como un personaje más, a veces casi mudo. Y cuando expreso, poniendo un matíz de poesía y humanidad que puede hallarse en pequeñas obras de inefable sentimiento como **Envejecer**, **La solterona**, **El gallinero**, **La vaca sarda**, **Los dos abrigos**, **Guardián y yo**.

Eduardo Arias Suárez estuvo siempre en la estrecha, en la inmediata familiaridad de los circunscritos medios geográficos, viviendo con el tendero, el notario, el cura, el prendero, la solterona, la matrona, el cacique. Los conocía de cerca por razón de su profesión de odontólogo. Y aunque aquel era su mundo, se negó a recibir, en el terreno de la creación literaria la influencia precisa para ser un costumbrista.

No lo era. Y además menospreciaba el costumbrismo como rama de la cuentística. Detestaba el habla campesina y no la usó nunca. Ni los giros comarcanos, ni el léxico ni la construcción. Los ocasionales diálogos de sus personajes, cualesquiera que sean su medio, edad, sexo, posición social y

demás circunstancias determinantes, se desenvuelven en un idioma civilizado. Un idioma en el cual se expresan lo mismo Matilde y Marucha, muchachas ignorantes, nacidas de gentes humildes en un mísero caserío, que Yanina, damita de París, intelectualizada y decadente, abismal y adorable.

Eduardo Londoño Villegas —el autor insigne de **Ipna zu guapna** y **Piedras filosofales**, seguía otros derroteros. Poeta lo fue, de alta calidad, en sus manizaleñas mocedades. Luego andador de caminos y fundador de pueblos, creador y director de empresas. Su experiencia guajira cuajó en una serie de cuentos nativos que recogió en 1945 en el grueso volumen primeramente nombrado. Un prodigio de interpretación y conocimiento de aquellas apartadas regiones. Un dominio de la técnica cuentística que asombra. Y luego sus cuentos de humor cosmopolita —**La gravedad del asunto**, **Las anécdotas del general**, **El cometa Alisius** para citar solo unos cuantos— qué finura tienen.

Ya desde 1926 —pues en estas fugaces notas no se sigue un riguroso orden cronológico— la admirable Blanca Isaza dio a la estampa sus juveniles **Cuentos de la montaña**. Relatos sencillos y humanos, con emoción y melancolía de vidas humildes. Cuentos al estilo de **El regreso de Miguel Vidal** y **Cuento de navidad**, donde ya existen las calidades primordiales de una prosa que con el tiempo ha venido a ser de las más bellas y diáfanas que se escriben en Colombia.

Uva Jaramillo Gaitán, tan silenciada en el cuento como Blanca, su hermana mayor, escribió por entonces algunos buenos cuadros con mérito bastante para que su nombre sea recordado.

También por entonces, poco después de la exitosa publicación de su libro **Suenan timbres**, de tan notable y decisiva influencia en la nueva poesía, Luis Vidales publica unos pocos cuentos.

Cuentistas de la tercera década caldense, en una época aún primicial e indecisa, fueron también, con espaciada intensidad, Jaime Buitrago, Onel Márquez, Osvaldo Montoya y Gregorio Sánchez Gómez. El primero y el último derivaron luego hacia la novela. Buitrago con sus excelentes libros **Pescadores del Magdalena**, **Hombres trasplantados** y **La tierra es del indio**, y Sánchez Gómez con unas veinte novelas de no mucha resonancia pero por varios aspectos valiosas.

En el profesor, poeta y estetista Luis Vidales, erudito y letrado de legítimos valimientos, se silenció un narrador menor de originalidad y talentos singulares cuya importancia alcanzó a trascender. Otro tanto puede decirse del escritor Alejandro Vallejo a quien el periodismo aprisionó definitivamente en sus tentáculos implacables. Cuentista de la tercera década, aun su posterior dedicación a la novela, que se tradujo en dos buenos libros, fue barrido por el horror de la columna cotidiana.

Edgardo Salazar Santacoloma, gran escritor y hombre de exquisita cultura, ha sido en Caldas el cuentista de un solo cuento, primoroso y

desconocido. Lo escribió en francés para una revista de París. Fue Jorge Zalamea quien lo tradujo al español, casi como una protesta contra la indolencia de Edgardo.

Antonio Cardona Jaramillo, prematuramente muerto el año pasado en Santa Marta, fue también, en los últimos años, un vigoroso cuentista en receso. Sus relatos modelados en greda nativa, pintados con tintes veraces y ásperos zumos; urdidos en trama de recuerdos, son fiel trasunto del mundo lugareño caldense donde Cardona vivió su infancia y su mocedad. Captan la intención trascendente y cordial de quien mira imágenes simples y caras que van a hundirse ya, suplantadas por un mundo nuevo, con otro sentido, otra emoción y otra noción sentimental. Las calles, los sitios, los afueras poblados, la geografía palpitante donde se mueven esos hombres en cuya acción y pensamiento se desdobra el cuentista, son cosa física y entrañable de un territorio que él ha pisado con sus pies y embellecido con la mente en las recogidas estancias de la ausencia. De allí su vigor lírico y el desempeño formal en todos los relatos de su único libro **Cordillera**.

Caso distinto es el de Humberto Jaramillo Angel, habitante cotidiano de su pueblo, inadaptado en él y en él cautivo desde la infancia hasta la actual madurez. Jaramillo asume la actitud mental del hombre en oposición y batalla. Una actitud que, falta de enfrentada beligerancia, y más aún de verdadero ánimo adverso, se mantiene no obstante dentro de una zona recelosa que es su reducto subjetivo. El suyo es un universo de trasueño y cavijación, hosco y rebelde, donde aflora con desconcertadora frecuencia una noción simple y romántica del amor o de la pasión amorosa. Tres o cuatro son sus libros de cuentos. En ellos hay muchas cosas que se salvarán del olvido.

En un volumen titulado **Hombres y sombras**, publicado a mediados de 1961 en la capital de Caldas, recogió Fernando Arias Ramírez once cuentos de la tierra y la intemperie. Son, al igual que los ocho contenidos en el volumen **Tierra**, impreso en 1941, relatos trabajados en dolor y miseria de jornaleros y buscalavidas, con amarguras hondas y callados fracasos. Sopla sobre ellos un viento iracundo y vindicativo. Representan en su temática y en el tratamiento de esta, un matiz diferente y vigoroso que contribuye a completar el panorama del relato menor caldense, ya de suyo tan interesante y vario.

Con una noción del paisaje y el hombre, en cierto modo semejante, Rodolfo Jaramillo Angel ha escrito unos cuentos de violencia interior y otros complejos y oscuros elementos.

Euclides Jaramillo Arango no es exactamente un cuentista formal, en el verdadero sentido de la palabra. Mas por cierto aspecto lo es a través de sus **Memorias de Simoncito** y **Cosas de paisas**, en un estilo desenvuelto y ligero que más pertenece a la anécdota que al cuento propiamente dicho.

Si mi juicio no pudiera parecer personal e interesado, yo diría que el cuento en Caldas —hablo del primitivo mapa en forma de "mariposa verde" de que habla el poeta Luis Carlos González en una imagen anterior

a la desmembración insensata de que fue víctima la región— ha entrado en decadencia después de su brillante jornada de cuarenta años. Los más jóvenes cuentistas —Eduardo Santa en primer término y luego Omar Morales Benítez y Hernán Hoyos, para solo citar los más visibles— apenas producen marginalmente, a la vera de sus ocupaciones profesionales en otros campos. De Hernán Hoyos, el menos conocido de todos, me queda resonando la intensidad del único cuento suyo que conozco —Café con hielo— hecho de duros materiales, cortado, violento, demostrativo, de posibilidades que no parecen haberse logrado todavía.

Ha sido esta una apresurada andanza por la cuentística de Caldas. Una ojeada superficial, seguramente incompleta y talvez viciada de omisiones que, en todo caso habrán sido involuntarias.

Comoquiera que sea, espero haber probado de modo suficiente que el cuento de Caldas tiene una entidad, un contenido, un volumen, un espíritu y una trayectoria.